

Hospital Elizalde, 30 de agosto de 2024

## Los Viejos Rostros Familiares

Clara Vita<sup>1</sup>

Estimado Editor comparto el discurso de fin de residencia de pediatría del año 2024 para que, a través de la revista a su cargo, poder hacerlo llegar a la comunidad de nuestro hospital.

29 de septiembre de 2020: la mañana de aquel día, en este mismo auditorio, recibimos la bienvenida como flamantes R1. El escenario era muy distinto: nuestras caras estaban semi-ocultas detrás de barbijos y el distanciamiento nos obligaba a sentarnos separados unos de otros, dejando sillas vacías entre nosotros. Éramos los ingresantes de la pandemia: nuestra llegada se demoró cuatro meses, y si bien en ese momento no entendíamos del todo, hoy me atrevo a decir que fuimos los ingresantes más esperados en años. Desde ese día, cada uno de nosotros hizo un promedio de 256 guardias, celebramos dos o tres Navidades, 127 cumpleaños, padecimos 183 "pescapollos" (de verdad, los conté) y dijimos la palabra "pase" 21.325 veces (acá hice un cálculo aproximado, pero es probable que me quede corta). Y aunque podríamos contar cuántos minutos pasamos acá adentro (a nuestras familias y amigos les revelamos el secreto: ser pediatra implica saber -y utilizar más seguido de lo que se imaginan- el dato de que un día tiene 1440 minutos), lo que nos resultaría imposible es contar todo lo que nos pasó este tiempo, cuánto de nuestra vida sucedió adentro del Hospital Elizalde, "Casa Cuna" para los amigos, y CASA para nosotros.

Entramos con el deseo de aprender a diagnosticar y tratar enfermedades, pero aprendimos que los pacientes muchas veces se curan y otras veces, lamentablemente, no; que a menudo logramos aliviar el sufrimiento y el dolor, pero que siempre, SIEMPRE podemos estar ahí para consolar a nuestros pacientes, a sus familias y a nuestros compañeros.

Sábado decía que "si hemos llegado a la edad que tenemos es porque otros nos han ido salvando la vida, incesantemente." Tenemos el privilegio, casi revolucionario, de trabajar en un Hospital Público para salvar y mejorar las vidas de los niños y niñas que lo necesiten. Pero si llegamos hasta acá, si logramos atravesar esas 256 noches de guardia sin dormir, si logramos consolar a quienes no tenían consuelo, si pudimos acompañar y aliviar el dolor, es porque nos tuvimos los unos a los otros, porque siempre hubo un compañero, una compañera, que nos salvó la vida con un café, con una botellita de Coca o con un abrazo.

Gracias, queridos amigos, por salvarme la vida.

Gracias también a nuestras familias por sostenernos y entendernos, por cocinarnos cuando estábamos post-guardia, por recibirnos aunque más no fuera para dormir la siesta en el sillón.

Gracias a nuestros pacientes y sus familias por confiar en nosotros. Nada de esto tendría sentido si no fuera por ellos. Gracias por enseñarnos a escuchar, a ser pacientes con nuestros pacientes, a ser personas antes que médicos.

---

<sup>1</sup> Médica Residente de Pediatría, Hospital General de Niños Pedro de Elizalde

Y gracias a todos los médicos y médicas de este Hospital que se tomaron el tiempo de enseñarnos y acompañarnos en el proceso.

Se acerca el final y las imágenes e historias nos desbordan, aparecen desordenadas una detrás de otra. Entre todo lo que recordé estos días apareció algo que me había sorprendido apenas empecé a recorrer los pasillos del Hospital acompañada, con mucha paciencia, por una R3: todos se conocían y se saludaban, no podíamos dar más de 15 o 20 pasos sin que ella saludara a alguien, otro le preguntara cómo estaba y alguno más se detuviera para cruzar unas palabras y darme la bienvenida. A pesar de que en ese momento reinaban los barbijos y el distanciamiento social, había lugar para detenerse aunque sea un segundo, saludarse con el codo y seguir caminando rápido, con paso de R1 de sala. “¿Llegaré algún día a conocer y saludar a tanta gente?”, pensaba. Casualmente esta semana me crucé con una poesía de Charles Lamb llamada “Los Viejos Rostros Familiares” que dice así: “la Tierra (la Residencia) parecía un desierto que estaba obligado a cruzar, buscando rostros conocidos. Sin saberlo, siento que he estado buscando rostros conocidos desde hace varios años, y no logro decir por qué reconozco los suyos, pero así es. ¿Creen que sea posible que pertenezcamos a alguien aún antes de conocerlo? Entonces, yo les pertenezco a ustedes o ustedes a mí, o simplemente al espíritu que encontré entre ustedes.”

Desde ahora, y para siempre, esta será siempre una casa a la que podremos volver y reencontrarnos con esos viejos rostros familiares, con un abrazo en el pasillo que nos recuerde la alegría de pertenecer a una obra inextinguible que nos incluye. Sólo nos vamos para encontrarnos de nuevo.

Gracias, los quiero mucho.  
Clari.